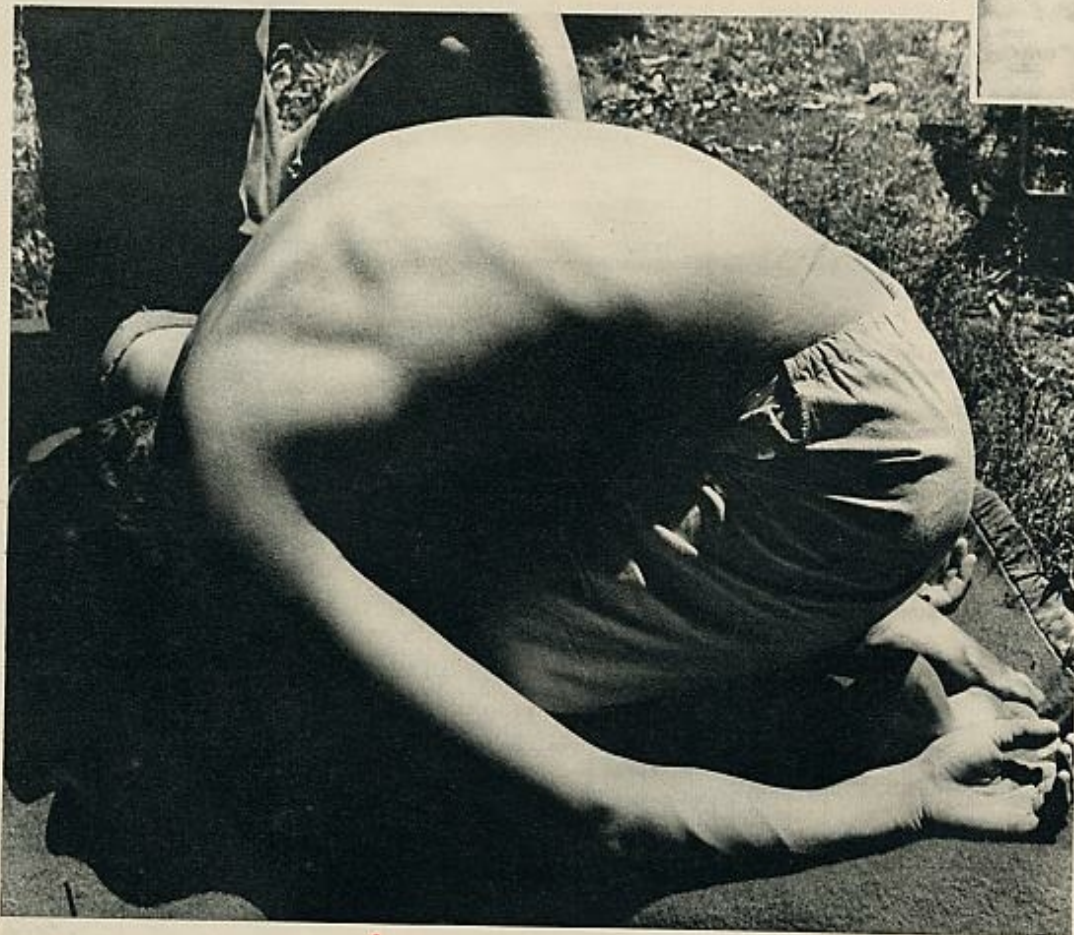


VIAJE AL CENTRO DEL CEREBRO

El problema de los alucinógenos se ha hecho en los Estados Unidos mucho más grave que el de los estupeficientes. Se calcula que un millón de dosis de LSD será consumido este año. La LSD, al revés de lo que sucede con otros narcóticos, dilata las pupilas (arriba). En la otra fotografía, un joven adepto a los alucinógenos en posición de yoga en Newton Center, un barrio de Boston, donde residen numerosos estudiantes y artistas entregados a los experimentos de las drogas. A. Huxley les enseñó el camino a seguir.



**"LA GRAN
BARRERA
DE LAS
PALABRAS
VA A
DERRUM-
BARSE.
CORRED
HACIA LAS
COLINAS
O PREPA-
RAOS
A NADAR
CON LA
CORRIENTE"**



EN el argot de los «campus» californianos y de los «coffee shop» de Greenwich Village, se llama «a trip» a un viaje de ocho a diez horas al corazón de uno mismo. Los que vuelven lo describen como una experiencia única, a veces terrorífica, a menudo asombrosa. Los que la experimentan hablan de «descubrimiento de lo verdadero», de «comunidad con el ser» o «ampliación de la consciencia». Y su visión del mundo, afirman, se modifica para siempre. El costo del «viaje» es de ciento ochenta a trescientas pesetas. Es el precio en el mercado negro de una dosis de «ácido»: aproximadamente, diez milésimas de gramo de una droga alucinógena de propiedades asombrosas, la LSD 25 (ácido lisérgico dietil-amida).

Dos psicólogos de Harvard, Timothy Leary y Richard Alpert, se han convertido en los apóstoles de una auténtica revolución psíquica de la que la LSD es el instrumento, según anuncian en su manifiesto:

«El juego va a cambiar, señoras y señores. El hombre va a poder utilizar la fabulosa red eléctrica encerrada en su cráneo. Que el sistema social establecido se prepare: nuestras más sólidas concepciones van a ser barridas por el desencadenamiento de una oleada acumulada desde hace dos

mil millones de años. La gran barrera de las palabras va a derrumbarse. Corred hacia las colinas o preparaos a nadar con la corriente...».

Timothy Leary, expulsado de Harvard, acaba de ser condenado por un tribunal de Tejas a treinta años de prisión por haber intentado introducir marihuana en los Estados Unidos a través de Méjico. Pero el descubrimiento está asegurado por otros profetas «del conocimiento total», por sacerdotes que piensan revivir experiencias comparables a aquellas de los grandes místicos y hasta por matemáticos que declaran percibir, bajo los efectos de la LSD, la evidencia de nociones que hasta ahora eran para ellos meramente abstractas.

El Ministerio de Sanidad americano estima que el problema de los alucinógenos es aún más grave que el de los estupefacientes y que un millón de dosis de LSD será consumido en Estados Unidos durante 1966. Oficialmente, la droga no se vende más que a setenta y dos establecimientos de investigaciones médicas y psiquiátricas, pero, no obstante, cualquier químico medianamente preparado puede fabricarla en su laboratorio y un solo gramo es suficiente para fabricar más de diez mil dosis.

En la campaña que desde hace algunos

meses desarrolla la prensa americana contra el uso extracientífico de la LSD, todos los accidentes debidos a la droga son cuidadosamente anotados. Un estudiante californiano, de unos dieciocho años, ha intentado, bajo los efectos de la LSD, arrojarse desde lo alto de un puente. Otro, en Colorado, no cesa, desde su «viaje», de aplastar sobre su cuerpo insectos imaginarios. Una niña de cinco años ha sido urgentemente hospitalizada después de haber tragado por error un azucarillo empapado en LSD que su primo de dieciocho años había comprado por cinco dólares a un revendedor de Greenwich Village. Muchachas a las que de broma se les había dado LSD sin advertirlas, intentaron suicidarse, creyendo volverse locas, cuando los efectos de la droga se iniciaron.

Toda una literatura ha florecido alrededor de la droga. Profética, panfletaria, pero también científica. Se han hecho investigaciones médicas y psiquiátricas sobre los posibles efectos y utilizaciones de esta droga. Sin duda, el balance más completo de estas experiencias es el que el doctor americano Sidney Cohen ha publicado bajo el título de «El más allá interior». Es precisamente de este libro de donde extraemos el informe científico sobre la LSD. **SIGUE**



Los profesores Timothy Leary y Richard Alper se han convertido en los apóstoles de la revolución de los alucinógenos. Leary, expulsado de la Universidad de Harvard, intentó introducir marihuana en los Estados Unidos. En la foto de arriba aparece con sus discípulos en Méjico. En el grabado de abajo, una muchacha de

La historia comienza el 16 de abril de 1943 en los laboratorios de la casa Sandoz, en Basilea, isla de paz en el corazón de la Europa en guerra. Ese día el doctor Albert Hofmann, que intentaba purificar por condensación dos ácidos isómeros, se sintió mal y tuvo que volver a casa. El doctor anotó en su diario: «Una vez echado sobre la cama me sumergí en un delirio más bien agradable. Con los ojos cerrados (la luz del día me parecía muy violenta), tenía visiones de una intensidad y un realismo extraordinarios y manchas de colores giraban alrededor de mí como en un calidoscopio. Esto duró dos horas».

Inmediatamente, el doctor Hofmann pensó que se había intoxicado y pasó revista a todos los productos que habían manipulado: el ácido lisérgico y el ácido isolisérgico dietil-amida. Todos ellos productos conocidos. El ácido lisérgico se extrae de un hongo parásito del centeno, el cornezuelo del centeno. Se sabe desde hace siglos que cuando se incorpora involuntariamente el hongo al pan provoca el ergotismo, que se manifiesta por trastornos mentales y por cangrena en las extremidades (el ergotismo transformó, en 1951, a Pont-Saint-Espirit en una «ciudad loca»). En 1938, Hofmann añadió un grupo dietil-amídico al ácido lisérgico,

pero las propiedades alucinatorias del nuevo compuesto no fueron nunca advertidas.

el palacio de los espejos

«El dieciséis de abril —anotó Hofmann— conseguí producir algunos miligramos de ácido lisérgico dietil-amida (LSD) bajo la forma de cristal soluble, pero me pareció inconcebible que pudiera haber absorbido lo suficiente como para percibir los efectos que había experimentado. Entonces decidí ensayar por mí mismo la LSD comenzando por una dosis muy débil: 250 microgramos (milonésimas de gramo). Al cabo de cuarenta minutos comencé a sentir un ligero vértigo acompañado de una incapacidad de concentración, turbaciones visuales y una risa incontrolada. Pedí a mi ayudante que me acompañara a casa, pensando que la situación iba a evolucionar como la otra vez. Sin embargo, todo ocurrió con mayor rapidez. Tenía que recorrer seis kilómetros en bicicleta y los síntomas se hacían cada vez más intensos. Sentía gran dificultad para hablar de manera coherente. Mi campo visual se ondulaba y se deformaba como en un palacio de espejos en una fiesta carnava-

lesca. Me daba la impresión de que no avanzaba, aunque posteriormente mi ayudante me confirmó que pedaleaba muy de prisa».

Esta vez la crisis fue más larga e intensa. Los síntomas fueron: vértigos, deformación de las imágenes (los rostros de los que rodeaban a Hofmann se le aparecían como máscaras grotescas), paso de la más intensa agitación a una casi completa prostración, impresión de sofoco, momentos de lucidez junto a otros de confusión mental, etc. Después de seis horas, los efectos de la droga comenzaron a disiparse. Al día siguiente, después de una noche de sueño tranquilo, Hofmann se sintió «perfectamente bien, pero cansado».

el yo "no yo"

El doctor Hofmann no podía pensar entonces que su casual descubrimiento iba a abrir un nuevo campo a la investigación médica y psiquiátrica. Demostrando que con la absorción de pequeñas cantidades de sustancias químicas se pueden provocar perturbaciones mentales análogas a las producidas por los psicóticos, va a poderse estudiar ahora en laboratorios el funcionamiento normal y anormal del cerebro humano y comprender mejor



tir. Dado que, durante ese instante, mis sentimientos, mi pensamiento, mi ser, han sido fundidos en una unidad moviente, una unidad que era yo, pero que no era yo. Un «no yo» que estaba ahí, desnudo, y que se señalaba a sí mismo con el dedo, con una alegría melancólica, preguntando: ¿por qué? Aunque este «por qué» carecía de significación, puesto que el «no yo» simplemente estaba. ¿Has sentido alguna vez la impresión de que todo lo que existe eras tú y de que todo lo que hacía tu individualidad había desaparecido? ¿Cómo es posible que todo esto haya salido de una simple cápsula de LSD? Debiera preguntarme: ¿dónde estaba escondido todo esto hasta ahora...?».

un castillo de arena

«Me acuerdo haber dicho: «¡Es demasiado para mí, es demasiado!». Tenía miedo y me sentía como un niño desnudo. Suplicaba: «¡Parad, no quiero verme!». Sin embargo, la sensación llegó tragándose como una ola barre el castillo de arena de un niño. Mi arena fue esparcida por todo el océano de la existencia y una voz que decía: «Ahora, encuéntrate a ti mismo y vive como antes». Pero temo que mi viejo «yo» no sea ya nunca el mismo de antes. No puede serlo y no debe serlo...».

«A partir de ahora miraré con otros ojos a los psicópatas y a lo que solemos llamar su «mundo aparte». Voy a intentar observar si lo que ellos intentan describirnos es comparable a lo que yo he experimentado hace un momento. Voy a estudiar con más detenimiento lo que los místicos han intentado transmitirnos y lo que los filósofos han dicho sobre ellos. Es posible que mi evolución desde hace veintidós años haya sido bruscamente cambiada por esta pequeña droga llamada LSD».

«Acabo de ver el mundo por primera vez. Hace poco más de dos horas fui a cenar y todo era maravilloso. Las personas que estaban en el restaurante han debido encontrarme un poco extraño. Yo contemplaba el cubito de hielo en mi vaso, el reflejo del techo en el agua, las camareras y sobre todo el queso que se derretía en mi hamburguesa. ¿Has mirado alguna vez la espuma de una caña de cerveza? En ella se esconde un mundo de maravilla...».

«Mirando a la calle pensaba en lo que había dicho algunas horas antes: «Es demasiado para mí». Y comprendí de golpe que había querido de-

VIAJE AL CENTRO DEL CEREBRO



La LSD procede de Méjico, de la población de Zihuatanejo. Este estudiante se dispone a ingerir su dosis para «emprender un viaje al centro de su yo».

cir: «Es demasiado para mí, porque no soy más que un niño». El mundo se me aparecía tal como los niños deben verlos: inmenso y bello. Lo redescubría sin las barreras que estamos obligados a levantar entre el mundo y nosotros al volvernos adultos y lo encontraba espléndido».

«Ahora siento que las barreras comienzan a caer de nuevo alrededor de mi cuerpo y de mi espíritu. ¿Pero, es realmente necesario que sea así? ¿Estamos realmente condenados a vi- **SIGUE**

ta sido condenado a treinta años de prisión por haber [Zihuatanejo (Méjico) manipulando plantas narcóticas.

fenómenos como los de la memoria, la imaginación y la percepción.

Desde el «accidente» de Hofmann se han escrito más de doscientos mil artículos sobre los efectos de la LSD y otros alucinógenos sintéticos descubiertos a lo largo de estos últimos años. Se han hecho experiencias sobre gran número de animales con resultados sorprendentes. Bajo los efectos de la LSD, los arácnidos tejen telas geométricamente más perfectas, la carpa se aleja del fondo del mar para nadar en la superficie, los gatos huyen ante los ratones. Pero estos comportamientos anormales, faltando una «explicación del sujeto», son difíciles de interpretar y no ha podido probarse que se hayan provocado auténticas «psicosis animales».

Las experiencias sobre el hombre fueron llevadas a cabo con voluntarios cuyo testimonio era registrado en un magnetofón durante la misma sesión o recogido inmediatamente después. Como ejemplo característico, reproducimos esta carta escrita a su amiga por un estudiante de psicología:

«Querida Ruth: Hoy me ha ocurrido la cosa más extraña. Me he encontrado conmigo mismo y he descubierto que yo no era yo. O, quizá, debería decir que he descubierto lo que es realmente exis-





si es
COINTRA
 estoy
 tranquila



¿QUE TIENE ESTE FRIGORIFICO?

Todo lo que un buen frigorífico debe tener: gran poder de congelación, grupo motor silencioso, cierre hermético por electroimanes, gran capacidad y líneas cómodas y funcionales, y un acabado perfecto.

ECUATORIAL CONTROL, sin embargo, es específico del frigorífico COINTRA, gracias al cual, con grandes temperaturas exteriores, puede trabajar normalmente y con el mínimo consumo.

Claro que lo más importante puede resumirse en dos palabras: **SERVICIO Y CALIDAD**. Si, el frigorífico COINTRA está fabricado sabiendo que tiene que trabajar duro y durante mucho tiempo.

Con la garantía de una red de distribución y servicio en cualquier punto de España.



calentadores



frigoríficos



cocinas



lavadoras
 super
 automáticas



COINTRA POR UNA VIDA MAS FACIL

vir solos? Como ya dije antes, me acaba de ocurrir una cosa divertida...».

un pterodáctilo

Aunque las experiencias de éxtasis con el universo sean las más frecuentes entre los que utilizan la LSD, hay también otras muy penosas. Por ejemplo, ésta que describe otro voluntario:

«... Detrás de mi hombro derecho advertí vagamente una especie de animal alado, que me hizo pensar en un pterodáctilo y me horroricé. Sin embargo, continué haciendo los test que me presentaba el psicólogo, aunque seguía aterrorizado. El animal había desaparecido de la habitación como si habiendo sentido tanto miedo de él lo hubiera expulsado. Imaginaba, no obstante, que seguía batiendo las alas intentando entrar. Vela su sombra por la ventana y una o dos veces oí su aleteo. Estaba paralizado de terror y al ruido de sus alas el rostro del psicólogo se enverdeció pálidamente y tomó la consistencia de una crema gruyere. Las cejas y los cabellos se separaron claramente de la lívida piel. Fue la experiencia más terrorífica de mi vida...».

Psicológicamente, la acción de la LSD no ha podido ser determinada de forma muy precisa. Siendo sus efectos principalmente de orden mental, podía pensarse que la mayor parte de la droga se fijaba en el cerebro. Sin embargo, no es así. Cuando se toma una dosis normal, solamente dos centésimas de microgramo, atraviesan las defensas del cerebro, fijándose el resto, sobre todo, en el intestino delgado, el hígado y los riñones. Esto significa que menos de cuatro millones de moléculas de LSD entran en contacto con las doce mil millones de células cerebrales, y esto solamente durante algunos minutos, ya que la droga es eliminada antes de que aparezcan sus efectos psíquicos.

vagos recuerdos

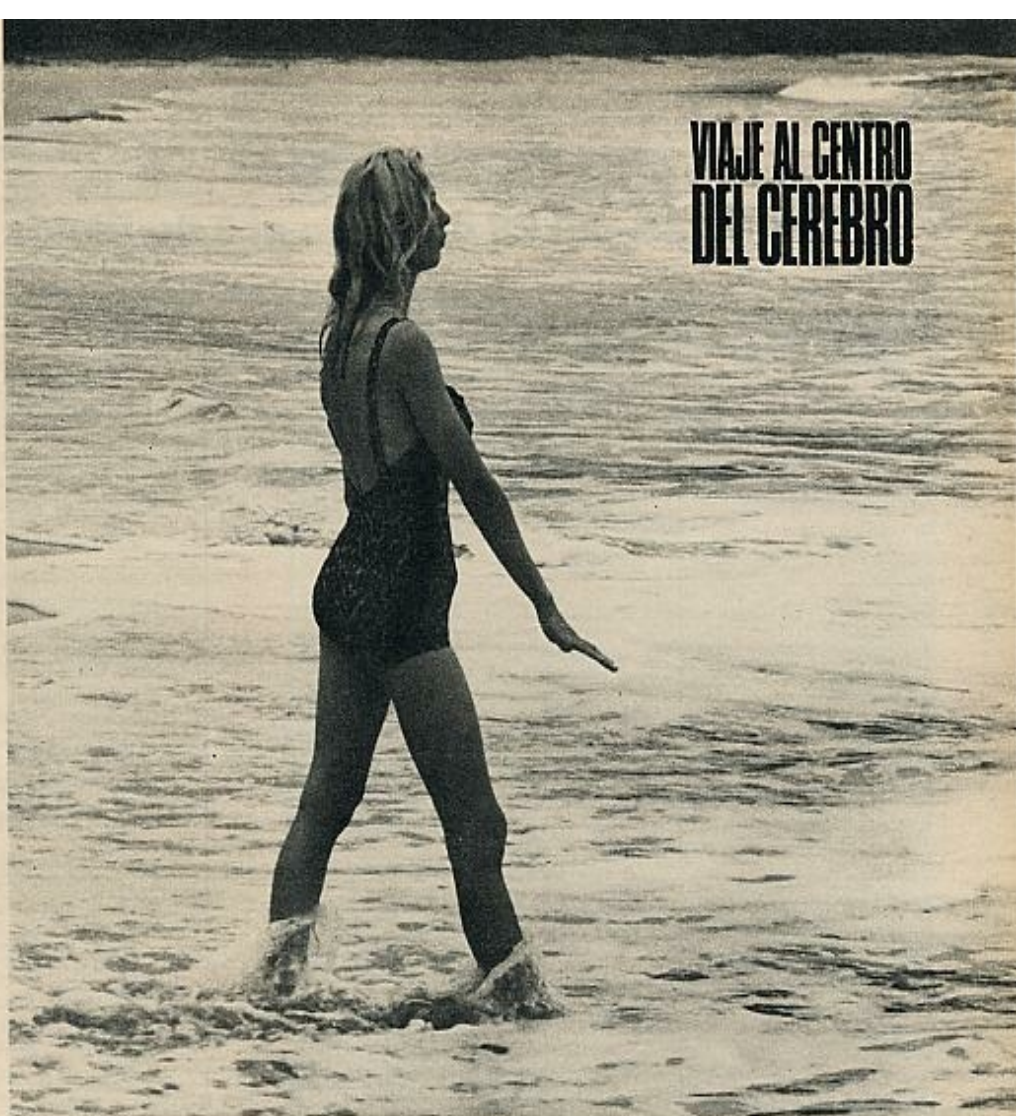
Parece ser, por lo tanto, que la LSD no hace otra cosa que desencadenar un proceso metabólico «en cadena» que prosigue luego durante algunas horas y que sólo afecta a la parte media del cerebro, donde se encuentran los centros reguladores de la emotividad, de la atención, los sistemas simpáticos y parasimpáticos.

Los desarreglos somáticos provocados por la LSD son escasos. El más constante es la dilatación de la pupila; también se observa una elevación de la actividad eléctrica del cerebro, una ligera aceleración del pulso y una gran rapidez en el reflejo de la rodilla. Puede ocurrir, a veces, que los individuos tiemblen o sientan náuseas. Por el contrario la palabra y las otras funciones motrices continúan casi siempre normales.

Psicológicamente, la LSD provoca un hundimiento de las defensas del yo, la liberación de una ola de asociaciones de ideas habitualmente censuradas, el resurgimiento de recuerdos vagos. Su utilización en psiquiatría es objeto de un debate que está lejos de haber terminado. Las «curas milagrosas» que habrían provocado una transformación fundamental e instantánea de la personalidad se limitan en general a la sustitución de un sistema defensivo por otro (lo mismo que cuando una mujer cambia su dispepsia neurótica por una conversión a la Christian and Science). En todo caso, psiquiatras americanos dignos de crédito estiman que la LSD puede ser utilizada con prudencia para acelerar ciertas psicoterapias. Sin embargo, admiten que su empleo puede ser peligroso con los muy depresivos, los histéricos y los paranoicos, y que no conviene de una manera general a las personalidades de tendencia psicopática. La persona tratada con LSD debe ser capaz de comprender la naturaleza del tratamiento y afrontar las pruebas «emotivas» a menudo penosas que ello comporta. Debe admitirse, sobre todo, que el empleo de la LSD señala el comienzo y no el fin de su tratamiento.

«No hay —escribe el doctor Cohen— «buenas y malas» drogas. No hay sino los buenos y malos usos que de ellas se hacen». En el fondo, hay que reconocer que la historia de la LSD, ligada a la exploración de las posibilidades del cerebro humano, apenas ha comenzado.

(Fotos © by AGENCIA ZARDOYA-CAMERA PRESS)



VIAJE AL CENTRO DEL CEREBRO

Después de una dosis de LSD, esta muchacha penetra en las aguas de una playa de Méjico. Manifestó que sentía «el poder del océano». Declaraciones parecidas han hecho otros adeptos de esta ya famosa droga.

VICTORIAS SIN CADAVERES

Si unos investigadores se interesan por la LSD con fines científicos, otros lo hacen con objetivos diferentes: se trata de los militares. La cantidad de droga utilizada en los laboratorios civiles y en los «campus» universitarios es, sin duda, inferior a la que se produce y se almacena en los arsenales con vistas a una guerra psicoquímica. Los Estados Unidos, la U. R. S. S. y otros países estudian seriamente las posibilidades militares de la LSD y de otros varios alucinógenos. En efecto, no se puede negar que su empleo sería más «humano» que el de otras armas y permitiría obtener «victorias sin cadáveres».

Ya se han hecho experiencias en este sentido con grupos de soldados a los cuales se les ha administrado la LSD. Han sido totalmente incapaces de obedecer las órdenes más simples y de cumplir las tareas más rutinarias. Muchos no podían más que sentarse en el suelo, indiferentes a todo, sacudidos por una risa loca durante horas. Las posibilidades de diseminación de la droga por medio de aerosoles, contaminación de las aguas y cohetes han sido cuidadosamente estudiados y las dosis necesariamente calculadas. Un saboteador podría transportar, en el bolsillo de su abrigo, suficiente droga como para intoxicar a todos los habitantes de una gran ciudad. El contenido de una sola maleta, inteligentemente diseminado, bastaría para poner fuera de combate a toda la población de los Estados Unidos. La LSD pierde lentamente su eficacia en el agua esterilizada y solamente es destruida después de una breve ebullición. Por otra parte, su detección es particularmente difícil puesto que es inodora, incolora e insípida. En el caso de que se mezclara con alimentos, la contaminación duraría algunos días. Según los pioneros de la guerra psicológica, una ciudad atacada con LSD quedaría totalmente paralizada durante una docena de horas, ya que sus habitantes quedarían inmersos en dulces sueños y el ejército podría ocupar la ciudad sin encontrar resistencia. De hecho se estaría lejos de la «victoria sin cadáveres»: aunque el ataque se desarrollase simultáneamente por el aire y por contaminación del agua, muchos habitantes escaparían a la contaminación. Todos aquellos que estuvieran en sus despachos y que no bebieran agua del grifo tendrían muchas posibilidades de librarse de los efectos de la droga. Otros, por el contrario, recibirían dosis enormes. Aunque solamente el diez por ciento de la población fuese contaminada, se producirían innumerables víctimas. Los menos afectados, sintiéndose simplemente «raros», continuarían normalmente sus actividades sin darse cuenta de que son incapaces y habría miles de accidentes. Muchos de los que hubieran recibido fuertes dosis se suicidarían. Las personas no intoxicadas, ante un delirio general cuyas causas se ignoran, se precipitarían para huir de la ciudad creando fabulosos embotellamientos. Algunas horas después del ataque, el pánico y el caos reinarían por doquier y no precisamente la feliz somnolencia anunciada por esos militares.